

# Opinión

## ¿Qué pasa con China?

POR Joaquín Arriola

Dejemos para otro momento una reflexión sobre el papel cultural que se insiste en asignarle a los índices de la bolsa, principal fuente de señales de los opinadores, nuevos augures en la sociedad secular tardocapitalista; el caso es que China dicen que está *en crisis* porque *sólo* va a crecer un 6% este año. Algo tiene que tener China que a nosotros nos falta cuando un ritmo de crecimiento incluso superior a los más elevados de la época dorada del boom inmobiliario, en China es al parecer signo de catástrofe.

Desde luego, algo diferente sí que es porque en España, como en el resto del mundo capitalista, a la menor señal de ralentización de la economía lo primero que se hace es empezar a destruir capital. Primero, capital humano; y luego, todo lo demás: destrucción de stocks, cierres de plantas y de empresas. Por el contrario, en China, el primer objetivo es garantizar la permanencia del mayor número de empleos y de fábricas abiertas y, en función de ello, se aplica una política fiscal, monetaria y financiera dirigida desde el Estado. Es algo que pone muy nerviosos a los promotores del neoliberalismo global como el FMI, que en su reciente informe sobre la economía china insiste en la necesidad de hacer reformas pro-mercado, es decir, hacer que los trabajadores sean los primeros paganos de la crisis, se instaure la incertidumbre permanente sobre la continuidad de los puestos de trabajo y facilitar las bancarrotas y cierres de empresas públicas y privadas. Lo que el FMI llama *reestructuración proactiva*, una ingeniosa expresión que recuerda mucho a la *destrucción creativa* del economista austriaco Joseph Schumpeter.

En China, a diferencia de lo que ocurre en los países capitalistas, los grandes empresarios no controlan los centros de decisión política, que siguen en manos del Partido Comunista o, lo que es lo mismo, del Gobierno. Este solo dato es suficiente para indicar el carácter peculiar del sistema chino, una combinación de economía mixta –una parte del trabajo social lo asigna el mercado y otra deriva de decisiones administrativas– pero con un régimen en el que, a diferencia de todos los países capitalistas, acumular poder económico no significa acumular poder y control político.

Por eso, uno de los resultados más espectaculares de la apertura de la economía china ha sido la mejora en los salarios: entre los años 2006 y 2015, la producción de bienes y servicios ha crecido una media del 9,2% anual, mientras que los salarios medios han aumentado un 13,3% y en las manufacturas un 14,1%. Al tipo de cambio actual, los salarios en la industria han pasado en una década de 205 dólares mensuales a 671 dólares y en el conjunto de la economía, de 240 a 736 dólares. Por el contrario, la creación de empleo en esta década ha sido muy lenta, unos 3 millones de empleos al año a un ritmo del 0,4% anual.

Es decir, China ha sido capaz de realizar una transformación productiva enorme, planificando el traslado masivo de población del

empleo en actividades rurales hacia el empleo urbano, en la industria y en la construcción principalmente, en un plazo muy corto –en la primera mitad de los años 80, un tercio del valor de la producción se generaba en el sector agrícola, cuando hoy no supera el 10%– y siendo capaz, al mismo tiempo, de algo impensable en una economía capitalista de mercado como es mantener en todo este proceso de cambio estructural una situación de pleno empleo técnico. La tasa de paro, tanto la oficial como la estimada por diversos organismos, nunca ha superado el 5%.

Esta transformación ha sido posible gracias a la apertura externa. En 1976 –cuando fallece el presidente Mao–, el PIB chino era el equivalente al 8% del de EEUU y su comercio exterior apenas representaba el 9% del PIB. Hoy, su PIB es superior a la mitad del estadounidense y su comercio exterior supera la mitad del PIB, cuando en Japón o en EEUU no supera un tercio.

China es hoy un actor fundamental en el gran mercado mundial: uno de cada diez euros de comercio de importaciones o exportaciones sale o va hacia China. Aunque su peso es dos puntos inferior al que representa EEUU en el comercio mundial, la demanda china de productos importados –muchos de ellos bienes de inversión– estaba sosteniendo el raquítico crecimiento de Europa y Norteamérica. Pero, a diferencia de EEUU, que paga lo que compra con su propia moneda, China tiene que vender para poder comprar. Y sus exportaciones de bienes de consumo obrero –textiles, electrónica o juguetes– facilitaron durante los últimos años en Europa la contención

El objetivo de China es garantizar el mayor número de empleos y de fábricas abiertas y en función de ello aplica una política fiscal y financiera

El Gobierno aprovecha una banca pública con el 18% de los activos del mundo y una rentabilidad superior para financiar inversiones

salarial propia de las políticas de ajuste gracias a la llegada de los productos baratos importados de China.

La contracción económica de los países centrales ha dejado a China con un exceso de capacidad productiva en muchos sectores, con inversiones en construcción y maquinaria que no generan los retornos suficientes y con un endeudamiento importante en muchas administraciones locales, que se endeudaron para financiar inversiones y sostener la demanda y el empleo.

Pero el ajuste de la deuda tampoco se está haciendo como en los países desarrollados, a base de recortes de gasto. El Gobierno chino ha aplicado las prácticas habituales de las grandes corporaciones e inversores financieros para llevar el agua de la bolsa de valores a su molino. Durante los últimos dos años se dedicaron a crear un mercado al alza para vender a mejor precio hasta un tercio de las empresas estatales y utilizar el dinero para reducir la deuda de los gobiernos regionales y locales. La caída de la bolsa de Shanghai refleja en parte que esta estrategia no da para más. Ahora, el Gobierno se propone sustituir la deuda de sus entidades locales por bonos. Para escándalo del FMI y del resto de la panda que clama en el desierto chino a favor de los recortes como terapia.

Por su parte, el sector industrial se ve afectado por el frenazo y la reducción de la demanda de exportaciones. Si en 2011 las exportaciones crecían un 20%, en los dos años siguientes crecieron un 8%, un 6% en 2014 y este año se están reduciendo en términos absolutos un 3%. Las empresas se encuentran en un proceso de reducción de stocks que dura ya varios años, lo que implica un frenazo a nuevas inversiones y un aumento del endeudamiento empresarial. Un reducido aumento de las ventas y más costes financieros se traducen en una tendencia a la reducción de beneficios. Y ha sido éste el otro factor que está detrás de la reciente caída de la bolsa.

El Gobierno chino está aprovechando que dispone de una banca (pública) con el equivalente al 18% de los activos bancarios del mundo y una rentabilidad dos o tres veces superior a la gran banca privada europea y norteamericana para financiar un vasto programa de inversiones en transporte ferroviario y urbano, logística, irrigación, desarrollo de nuevas industrias o mejora tecnológica y organizativa de las empresas.

Si China ha logrado en pocos años un notable éxito en pasar de una sociedad rural a una industrial urbana, ahora se enfrenta a una segunda transformación. Los niveles de vida e ingresos logrados por la población abocan a China a abandonar la especialización que ha tenido hasta ahora en bienes de baja tecnología y bajo coste e intentar un salto, en el que cuenta con un cierto rechazo por parte de las grandes potencias, pero que intenta solventar mediante el desarrollo tecnológico interno.

Mientras que la presión del mundo atlántico busca aprovechar la coyuntura para abrir en China espacio político al mercado, el Gobierno chino apuesta por mantener la subordinación del mercado a la política. ●

Profesor de Economía Aplicada de la UPV/EHU



### Más que palabras

POR Javier Vizcaíno

### Está y estuvo

20 de octubre, y sereno. Cuatro años, no sé si ya o todavía, porque hay veces que tengo la impresión de que han llovido mares y otras, sin embargo, me da por pensar que fue ayer mismo cuando el asfalto se teñía de sangre cada dos por tres y nos tocaba asistir al ceremonial rancio de la condena en do mayor y/o el cobarde silencio en fa sostenido. Fijense, yo sí me acuerdo de eso. No en una nebulosa como si hubiera sido un mal sueño o hubiera ocurrido muy lejos. Fue aquí, se lo juro, y hay miles de personas que pueden dar dolorosísima fe de ello. Muchas otras, tampoco lo pasen por alto, ni siquiera están para contarlos. Las quitaron de en medio y desde entonces, de tanto en tanto se las remata con balas de olvido, con cuchilladas de omisión, con bombas, incluso, de desprecio. Qué puñetera vergüenza debería darnos que solo estamos dispuestos a reconocer u honrar aquellos muertos a los que podamos encajar un posesivo en primera del singular o del plural.

Y eso es lo menos malo. Me hace más daño aun comprobar que según el calendario se aleja de aquel 20 de octubre de 2011, se van difuminando lo que hoy ya sabemos que fueron disimulos iniciales. Al tic justificario le sucedió el tic glorificador. ¿Soy el único que ha visto a recién conversos *adalides de la paz* bailando el agua a tipos y tipas con veinte fiambres a sus espaldas? Pero claro, como en casi todo, estamos instalados en la coartada fácil, ya saben, el Estado que no se mueve. Me dirán, quizá, que me paso de cenizo, que es reciente una carta que sostiene que matar está mal. Ya, pero no hay manera de que nos digan eso mismo en pasado: estuvo. ●

Los textos dirigidos a esta sección de Cartas al Director y Tribuna Abierta (página 2) deberán ir firmados y debe adjuntarse fotocopia del DNI del remitente y número de teléfono. DIARIO DE NOTICIAS DE ÁLAVA se reserva el derecho de publicarlos, resumirlos, extractarlos o corregir su estilo en función de su interés público. No se mantendrá correspondencia. Dirección: Cartas al Director. Avenida Gasteiz 22-bis 01008 Vitoria-Gasteiz. Correo electrónico: cartas@noticiasdealava.com